

LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»

LA REGENTA

Prólogo de
Soledad Puértolas



Siruela Tiempo de Clásicos

Prólogo

Con *La Regenta*, la literatura española deja su huella en uno de los campos más relevantes de la literatura decimonónica, el que tiene como personaje central a la casada infiel. La novela de Leopoldo Alas responde a una ambición ingente, la de hacer el retrato de una sociedad sumergida en las más rígidas y obsecas categorías del provincianismo y a la que, finalmente, culpa del drama de sus personajes. La Iglesia y la aristocracia, bastiones intocables de la moral y las costumbres, son objeto de un análisis implacable y acusador, pero magníficamente templado por el afán del novelista de profundizar en la conducta del ser humano.

Clarín centra su mirada en el núcleo más recalcitrante de la sociedad, que, en el mapa de la ciudad, se corresponde con el centro histórico, los alrededores de la catedral. El ánimo crítico del escritor está presente en cada una de las páginas del libro. El tono de cierta neutralidad con el que se va desplegando el retrato está salpicado de juicios, opiniones y adjetivos que nos remiten a la mirada intencionada de Clarín. Si leemos con atención, observaremos que el autor nunca deja de expresar su opinión sobre los personajes y sobre cada uno de sus actos, recurriendo a los adjetivos más expresivos. El lector es detalladamente informado de los antecedentes, carácter y problemas de cada uno de los personajes. Tarde o temprano, según convenga a la narración, sabemos quién es cada cual, por qué es como es, de dónde viene y adónde va, de lo que es capaz de hacer y de lo que probablemente hará.

Estamos ante un narrador omnisciente y sapientísimo, cuya mirada alcanza los interiores más escondidos de los personajes. Nada le es oculto. Conoce a la perfección las intenciones últimas de todos. Y sus dudas y cavilaciones.

Significativamente, la novela da comienzo en el campanario de la catedral. Desde allí, observamos Vetusta a vista de pájaro. Es el magistral quien, catalejo en mano, pasea su mirada por la Encimada, el núcleo histórico de la ciudad y donde tienen su vivienda los personajes centrales. Aparentemente, todo está bajo el control del magistral. Pero, en definitiva, está bajo el control de Leopoldo Alas, «Clarín», el gran escritor moralista de nuestra literatura.

¿Muestra Clarín simpatías y antipatías con sus personajes?, ¿el sentido crítico que le inspira le lleva a salvar a unos y a condenar a otros, a aplicar, en fin, a cada uno la sanción que merezca? No sería *La Regenta* la gran novela que es si el moralismo de Clarín le hubiera empujado a aplicar sin fisuras esa clase de juicios. Su impresionante talento y su espíritu crítico se aúnan para profundizar en un análisis que, por encima de todo, busca la comprensión, conocer más, saber más. El interés que le produce el ser humano se impone sobre su poderosa necesidad de juzgar. Ahonda tanto en los personajes que, cuando éstos ocupan el primer plano, la valoración moral de la sociedad, siempre presente, empalidece un poco.

Autor y lector bucean juntos en las conciencias y emociones de los protagonistas del drama –la Regenta, el magistral, don Víctor Quintanar y don Álvaro Mesía– y de numerosos personajes secundarios. Uno de estos secundarios, Frígilis, presta al autor un apoyo específico desde dentro de la novela. Su filosofía materialista resulta un freno importante para los juicios morales. La idea de enfermedad, aplicada a Ana Azores, y expresada por Frígilis al final, muy cerca del fatal desenlace, ha sido recurrente a lo largo de toda la novela, que se inscribe en la línea del naturalismo, aunque sin recurrir al tremendismo de lo concreto. Para Clarín, la alteración de los nervios, que no tiene unas explicaciones tan claras como las alteraciones estrictamente físicas, suele desembocar en enfermedad, y la enfermedad es la explicación de muchas conductas. No apunta a culpables ni a inocentes. Es un elemento, aunque corrompido, de la naturaleza. Tiene solución si se sabe tratar y si se trata a tiempo. En el caso que nos ocupa, evidente-

mente, se ha hecho tarde. Aunque siempre queda una pequeña puerta abierta. Al menos, para la Regenta.

Ana Ozores, que se defiende con ardoroso misticismo de la posibilidad de infidelidad matrimonial y que, al sucumbir, cierra uno de los capítulos más escandalosos de la Vetusta de su tiempo, no se queda absolutamente sola. Su desmayo en la capilla de la catedral –ese escenario donde concluye la novela y que guarda una significativa simetría con el escenario donde se inicia– da pie a una escena desagradable y grotesca, protagonizada por el capellán, pero, previsiblemente, la Regenta recuperará el sentido y saldrá a la calle. La mano del moralista no pierde la oportunidad de sumergirnos en la miseria de un personaje oscuro, pero deja viva a Ana Ozores.

A lo largo de la obra, el autor nos ha ido diciendo que la sordidez y la voluptuosidad van siempre unidas. Casi todos los personajes tienen una parte oscura y sórdida que les lleva a conducirse de forma indigna. Los protagonistas del drama, a quienes llegamos a conocer en profundidad, sostienen en su interior fuertes luchas contra los instintos y contra el mal, incluso contra las convenciones y las imposiciones sociales de venganza. El concepto de honor no está basado en la parte más generosa y magnánima del ser humano, colegimos. De manera que el dramático resultado final es culpa, en muy buena medida, de la organización social. Más aún: de las categorías más fundamentales que sus dos grandes bastiones, la Iglesia y la aristocracia, consagran y se esfuerzan por perpetuar. Una España medieval, que Clarín rechaza con rotundidad.

El debate interno de los personajes está tratado con tanta pasión y minuciosidad que resulta arriesgado definir la novela como una novela meramente costumbrista o moralista. Al retrato social se suma el retrato psicológico. El interior de los seres humanos es, quizá, demasiado delicado para ser sometido a juicio. Al menos, el de ciertas personas. No todos somos iguales, nos dice Clarín. El mismo concepto de enfermedad es un criterio de diferenciación.

La pasión, las dudas, las luchas internas, los secretos, los silencios, y otras emociones que no pueden formularse, planean sobre las páginas de una novela que, como no podía ser menos, causó una gran impresión entre sus lectores coetáneos. Los lectores de hoy habrán de quedar atrapados en la poderosa atmósfera deca-

dente que marcó la vida provinciana de la España del siglo XIX y cautivados por el magnífico y complejo retrato de sus más destacados protagonistas, la Regenta y el magistral, dos personajes atormentados que no encuentran su lugar en la sociedad.

Soledad Puértolas

LA REGENTA

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábense como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo dieciséis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas

aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amañeradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre ésta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

Cuando en las grandes solemnidades el cabildo mandaba iluminar la torre con faroles de papel y vasos de colores, parecía bien, destacándose en las tinieblas, aquella romántica mole; pero perdía con estas galas la inefable elegancia de su perfil y tomaba los contornos de una enorme botella de champaña. Mejor era contemplarla en clara noche de luna, resaltando en un cielo puro, rodeada de estrellas que parecían su aureola, doblándose en pliegues de luz y sombra, fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca que dormía a sus pies.

Bismarck, un pillo ilustre de Vetusta, llamado con tal apodo entre los de su clase, no se sabe por qué, empuñaba el sobado cordel atado al badajo formidable de la *Wamba*, la gran campana que llamaba a coro a los muy venerables canónigos, cabildo catedral de preeminentes calidades y privilegios.

Bismarck era de oficio delantero de diligencia, era *de la tralla*, según en Vetusta se llamaba a los de su condición; pero sus aficiones le llevaban a los campanarios; y por delegación de Celedonio, hombre de iglesia, acólito en funciones de campanero, aunque tampoco en propiedad, el ilustre diplomático *de la tralla* disfrutaba algunos días la honra de despertar al venerando cabildo de su beatífica siesta, convocándole a los rezos y cánticos de su peculiar incumbencia.

El delantero, ordinariamente bromista, alegre y revoltoso, manejaba el badajo de la *Wamba* con una seriedad de arúspice de buena fe. Cuando *posaba* para la hora del coro –así se decía– Bismarck sentía en sí algo de la dignidad y la responsabilidad de un reloj.

Celedonio, ceñida al cuerpo la sotana negra, sucia y raída, estaba asomado a una ventana, caballero en ella, y escupía con des-

dén y por el colmillo a la plazuela; y si se le antojaba disparaba chinitas sobre algún raro transeúnte que le parecía del tamaño y de la importancia de un ratoncillo. Aquella altura se les subía a la cabeza a los pilluelos y les inspiraba un profundo desprecio de las cosas terrenas.

—¡Mia tú, Chiripa, que dice que pué más que yo! —dijo el monaguillo, casi escupiendo las palabras; y disparó media patata asada y podrida a la calle apuntando a un canónigo, pero seguro de no tocarle.

—¡Qué ha de poder! —respondió Bismarck, que en el campanario adulaba a Celedonio y en la calle le trataba a puntapiés y le arrancaba a viva fuerza las llaves para subir a tocar las *oraciones*—. Tú pués más que toos los delanteros, menos yo.

—Porque tú echas la zancadilla, mainate, y eres más grande... Mia, chico, ¿quiés que l'atice al señor magistral que entra ahora?

—¿Le conoces tú desde ahí?

—Claro, bobo; le conozco en el menear los manteos. Mia, ven acá. ¿No ves cómo al andar le salen pa tras y pa lante? Es por la fachenda que se me gasta. Ya lo decía el señor Custodio el beneficio a don Pedro el campanero el otro día: «Ese don Fermín tié más orgullo que don Rodrigo en la horca», y don Pedro se reía; y verás, el otro dijo después, cuando ya había pasao don Fermín: «¡Anda, anda, buen mozo, que bien se te conoce el colorete!». ¿Qué te paece, chico? Se pinta la cara.

Bismarck negó lo de la pintura. Era que don Custodio tenía envidia. Si Bismarck fuera canónigo y *dinidad* (creía que lo era el magistral) en vez de ser delantero, con un mote *sacao* de las cajas de cerillas, se daría más tono que un zagal. Pues, claro. Y si fuese campanero, el de verdad, vamos don Pedro... ¡ay Dios! entonces no se hablaba más que con el obispo y el señor Roque el mayoral del correo.

—Pues chico, no sabes lo que te pescas, porque decía el beneficio que en la Iglesia hay que ser humilde, como si dijéramos, rebajarse con la gente, vamos, achantarse, y aguantar una bofetá si a mano viene; y si no, ahí está el Papa, que es... no sé cómo dijo... así... una cosa como... el crio de toos los criaos.

—Eso será de boquirris —replicó Bismarck—. ¡Mia tú el Papa, que manda más que el rey! Y que le vi yo pintao, en un santo mu grande, sentao en su coche, que era como una butaca, y lo llevaban en vez de mulas un tiro de *carcas* (curas según Bismarck), y

lo cual que le iban espantando las moscas con un paraguas, que parecía cosa del teatro... hombre... ¡si sabré yo!

Se acaloró el debate. Celedonio defendía las costumbres de la Iglesia primitiva; Bismarck estaba por todos los esplendores del culto. Celedonio amenazó al campanero interino con pedirle la dimisión. El de la tralla aludió embozadamente a ciertas bofetadas probables *pa en bajando*. Pero una campana que sonó en un tejado de la catedral les llamó al orden.

—¡El *Laudes!* —gritó Celedonio—, toca, que avisan.

Y Bismarck empuñó el cordel y azotó el metal con la porra del formidable badajo.

Tembló el aire y el delantero cerró los ojos, mientras Celedonio hacía alarde de su imperturbable serenidad oyendo, como si estuviera a dos leguas, las campanadas graves, poderosas, que el viento arrebatava de la torre para llevar sus vibraciones por encima de Vetusta a la sierra vecina y a los extensos campos, que brillaban a lo lejos, verdes todos, con cien matices.

Empezaba el otoño. Los prados renacían, la yerba había crecido fresca y vigorosa con las últimas lluvias de septiembre. Los castañedos, robledales y pomares que en hondonadas y laderas se extendían sembrados por el ancho valle, se destacaban sobre prados y maizales con tonos oscuros; la paja del trigo, escaso, amarilleaba entre tanta verdura. Las casas de labranza y algunas quintas de recreo, blancas todas, esparcidas por sierra y valle reflejaban la luz como espejos. Aquel verde esplendoroso con tornasoles dorados y de plata, se apagaba en la sierra, como si cubriera su falda y su cumbre la sombra de una nube invisible, y un tinte rojizo aparecía entre las calvicies de la vegetación, menos vigorosa y variada que en el valle. La sierra estaba al noroeste y por el sur que dejaba libre a la vista se alejaba el horizonte, señalado por siluetas de montañas desvanecidas en la niebla que deslumbraba como polvareda luminosa. Al norte se adivinaba el mar detrás del arco perfecto del horizonte, bajo un cielo despejado, que surcaban como naves, ligeras nubecillas de un dorado pálido. Un jirón de la más leve parecía la luna, apagada, flotando entre ellas en el azul blanquecino.

Cerca de la ciudad, en los ruedos, el cultivo más intenso, de mejor abono, de mucha variedad y esmerado, producía en la tierra tonos de colores, sin nombre exacto, dibujándose sobre el fondo pardo oscuro de la tierra constantemente removida y bien regada.